# El duende se llama Morao

Antonio Conde

Siempre fue Moraíto Chico. También Morao, a secas. Y lo fue porque el legado generacional de esta saga de guitarristas, la más ilustre y señera que ha tenido Jerez a lo largo de su historia, ha sucumbido a los tiempos y se evoca como una larga estirpe que no tiene fin. Manuel Moreno Junquera es el eslabón vibrante de una ciudad, de su pasado y su futuro sonoro. Representó el paradigma de la evolución guitarrística desde el concepto de la evolución de una estética musical y flamenca cuyo eje vertebrador ha sido la sonanta, a partir de la cual se ha construido la esencia del toque de Jerez.

Javier Molina es el patriarca del soniquete de la tierra de Morao, de la representación de una forma de entender la esencia sonora desde el prisma del flamenco de barrio, de familia, de patrimonio social, cultural y musical. El origen. El nacimiento del sonido jerezano con Molina formó parte de la creación de una forma de asumir y entender la guitarra. A partir de aquí, diferentes paradas generacionales en distintas manos de una sola familia, han construido lo que hoy conocemos como el sello 'Morao'.

Podemos retrotraernos al origen familiar en manos del padre de Manuel, Juan, y de su tío Manuel Morao. Los principales valedores de componer no sólo falsetas y formas de conceptualizar el toque sino, y sobre todo, de imbuir en ellas la tradición cantaora, bailaora y guitarrística a través de las seis cuerdas. De este modo, podemos asociar inequívocamente un sonido a una ciudad. Jerez al soniquete de Los Morao.

Moraíto no tuvo alternativa: nació artista, nació tocaor. Se propuso sin buscarlo elevar a la categoría

*Antonio Conde y Moraíto (foto cedida por A. Conde)*

*Moraíto (foto Pedro Carabante-Peri)*

de aún más grande el toque heredado en sus genes, recibido de las manos de los que lo precedieron. Nació, irremediablemente, con el compromiso de mantener el nivel por encima de un sonido amparado en ese legado. Porque además de ello, consiguió crear y componer, traspasar fronteras creadoras y creativas para imponer un criterio personal, una forma de entender y respetar todo lo aprendido. Así pues, en ese viaje creativo atesoró la capacidad y la habilidad de crear un sello propio aun dentro de los rasgos definitorios de su estirpe.

Cualquier aficionado que se precie es capaz de identificar las notas que salieron de la impronta de Moraíto. Porque fue único. No necesitó tener un repertorio extenso para sentar cátedra. El propio Paco de Lucía envidiaba su soniquete. Fue en Algeciras cuando ambos se reencontraron y Moraíto se deshacía en elogios hacia la figura artística y el toque de Paco. Sin embargo, éste le espetó: "Yo seré Paco de Lucía pero nunca tendré tu swing". Ese swing, ese soniquete tan personal era envidiado por el más grande. Ahí es nada. Ahí es todo.

Además, Moraíto fue el artista más humilde que haya nacido en Jerez. Y no es una apreciación personal, que lo es, sino un axioma que nadie puso en duda ni en vida ni se atreverá tras su muerte. Porque entre otras muchas cosas, lo que lo hacía aún más grande era su generosidad para con el aficionado de a pie. Su trato cercano, de tú a tú aunque no te conociera, hacía más grande al hombre y con ello encumbraba aún más al artista. Y hablo en primera persona. Aún recuerdo cuando, allá por 2007, quise comprarme una guitarra de un conocido luthier madrileño. Contacté con él casi con miedo, para que probara la guitarra y me diera su opinión acerca de la calidad. Nos reunimos en el estudio de la calle Muro, de casualidad, y allí probó la guitarra. Estuvimos un rato compartiendo impresiones. Aquello marcó. Porque su sinceridad

fue aplastante. Fue un amigo que habla sin filtros, no por querer quedar bien o dar coba, sin crear falsas expectativas. Me dijo: "Antonio, esta guitarra, en mi opinión, no vale lo que te piden". Sentencia. No dijo nada más. Apenas repitió la frase dos veces. Al día siguiente devolví la guitarra al vendedor, mi maestro Manuel Lozano 'el Carbonero', que la tenía a la venta por un compromiso. Él mismo, cuando le informé de que la habían probado varios guitarristas se arrogó e hizo suya la opinión de Moraíto. Ambos coincidieron en el veredicto. Sin discusión.

A partir de aquel momento, todos los encuentros con Manuel fueron cercanos, directos y afables. Algunos de ellos y durante muchos años se produjeron en el Festival de Nîmes, donde el ambiente familiar creado por su director artístico Patrick Bellito ha reverberado durante las dos últimas décadas.

A Morao no solo había y hay que apreciarlo por su calidad flamenca. Su valía personal daba, sin quererlo, más protagonismo aún a su figura artística. Desprendía un halo de ser entrañable que superaba a la generosidad de su toque. Recuerdo en otra ocasión que lo programaron para acompañar a Luís 'El Zambo' en la peña Tío José de Paula en su programación de otoño. Sería el año 2007-2008. Yo llevé de invitados a dos septuagenarios del Burgo de Osma, un pequeño pueblo de Soria. Nunca habían escuchado flamenco en directo. Cuando terminó la primera parte, ella acertó a decirme: "Nunca hemos escuchado flamenco en directo. Nos ha sorprendido cómo suena la voz del cantante en directo. No sabemos nada de nada de flamenco. Lo sentimos, pero ese guitarrista nos ha emocionado como nunca antes una música lo había hecho". La contundencia de aquellas palabras dictó la sentencia del mejor juez de lo jondo que pueda existir.

El poder de transmisión superó la autoridad que pueda representar pertenecer a una saga como esta. No hubo ni habrá una mala palabra para Moraíto. Cuando falleció, la ciudad de Jerez quedó huérfana no sólo de un artista, quizás el más querido de su generación, sino de una forma de entender el flamenco. Perteneció a la que podríamos llamar la última generación de vivencias. Imprescindible para entender el flamenco en su contexto social y familiar. Un espíritu de soledad flamenca caminaba por las calles de Jerez tras su desaparición. Fernando de la Morena solía decir que con Moraíto se fue el mayor de los flamencos y el mejor de los jerezanos. El inventor de expresiones idolatraba a su 'primo Morao' y no fue para menos. En el recuerdo quedará la letra que le dedicó por seguiriyas en el disco 'V.O.R.S' Jerez al cante, con la guitarra de Manuel Parrilla acordándose de Tío José de Paula y de Manuel Torres en la estilística cantaora:

Ay, Ay
Qué prontito te has ido
qué pena más grande
pero en mi alma aún suena tu guitarra
juntito a mi cante.

Ay, Ay
Al que está en Santiago
yo se lo he rogao
de que dejara un laíto en el cielo
a mi primo el Morao
y al que está en Santiago
a mi Prendi de mi alma
yo se lo he rogao.

A mí me dio escalofríos
yo me eché a llorar
A mí me dio, omaíta, escalofríos
y qué dolor que a esta guitarra tan gitana
nadie la vuelva a escuchar

Hubo un antes y un después de su existencia. Lo que otros llaman "duende" yo lo llamo "Morao".